

estos crímenes. El ejército, mas aguerrido y numeroso que jamás tuviera Francia, verdadero comienzo de los ejércitos permanentes, compuesto de noventa mil soldados expertos en las artes de la guerra, cuyo nervio eran los suizos, que al par de los españoles ganaban el justo renombre de la mejor infantería europea, acompañado de numerosos cañones, dirigido é iluminado por nombres ilustres que traian ya su fama del tiempo legendario de las cruzadas, este ejército que inauguraba una nueva edad histórica, la edad del predominio de los reyes sobre los señores feudales, atravesaba los Alpes y caía sobre el Piamonte mandado por el Rey Cárlos, entonces de veintidos años, menudo y contrahecho, de gruesísima cabeza y de diminutos ojos, de larga nariz y de cortas piernas, ignorante de la ciencia y de la política pero anheloso de la gloria, pobre criatura sin talento y sin educacion, que, atraído por el reclamo de bastardas pasiones se lanzaba como un Alejandro á las conquistas, cuando solo era el infeliz, así por su complexion como por su inteligencia, la grotesca caricatura de un conquistador. ¡Qué diferencia de aquellas irrupciones germánicas encabezadas por Emperadores como los Barbarojas y como los Enriques, al fin y al cabo reyes de Roma, movidos de algun interés italiano, representantes de alguna italiana institucion, con autoridad propia dentro de la península y que por lo mismo no podian deshonrarla ni oprimirla, como estos reyes venidos de allende con el nombre y con la sangre de los antiguos angevinos, tiranos del Mediodía de Italia, y sin mas deseo ni mas fin que ensanchar su trono ensanchando sus maravillosas conquistas!

Desde agosto á diciembre tardó Cárlos VIII en acercarse á Roma. Pero, al décimo dia de este último mes, encontrábase ya cerca de la Ciudad Eterna. Y todas las muestras que daban de su presencia los soldados franceses, reducíanse á saquear las ciudades por donde iban pasando. A mayor abundamiento, Julia Farnesio, que temerosa de la entrada de los franceses en Roma, habia ido á buscar asilo en el campo, cayó en poder de los mismos á quienes queria evitar, que se apresuraron á recoger tan buenos rehenes y encerrarlos en la fortaleza de Montefiascone. El Papa, cuya malignidad tanto contribuyera en compañía de su favorito Ascanio á traer los franceses á Italia, cayó en una incertidumbre impropia de su inteligencia y de su ánimo. No sabia qué hacer ni á qué santo encomendarse. En ciertos momentos parecíale que

debía aguardar á Cárlos VIII y en otro momento que debía huir á quien así venia sobre la Ciudad Eterna. Por fin, pactó una especie de concordia con el conquistador y dejólo entrar á su guisa. Seis horas tardó el ejército en atravesar las calles de Roma. El Rey disimulaba cuanto podia su extraña figura, envuelto en terciopelo negro bordado de oro, ceñido de rico plumaje; con la lanza en la cuja y la mano en el freno de magnífico caballo, en rededor del cual caracoleaban con sus relucientes armaduras y sus bordados blasones los mas apuestos caballeros de Francia. Precedíanle los suizos y alemanes con sus espadones á la izquierda, sus alabardas en la mano derecha, vestidos de mil vistosos colorines; rodeábanle los gascones, célebres como ballesteros; seguíanle cinco mil caballos, flor y nata de la antigua caballería feudal, próxima ya en estos tiempos á extinguirse; y cerraban la marcha los cañones, las culobrinas, los trenes de artillería llamando vivamente la atencion de aquel pueblo romano que miraba con espanto tan extrañas y nunca vistas figuras engrandecidas por los reflejos de las antorchas y por el terror general de la ciudad nuevamente entregada al extranjero. La política de Alejandro VI peca en este período de tanta incertidumbre que ora trata con Cárlos VIII, ora huye á Orvieto, ora adula al Rey á quien teme, ora piensa en unirse contra él aunque sea con el Gran turco, y nunca decide cosa que resulte de provecho á Roma por lo mismo que piensa siempre en el provecho de su propia familia.

Pero esta familia debía amargar con acerba amargura los últimos dias del Papa y deshonrar con eterna deshonra su nombre y su memoria. Por 1497 habia arreglado Alejandro en tales términos la fortuna de sus hijos que brillara con brillo extraordinario. A Juan dióle el ducado de Gandía, á César la legacion de Nápoles, y respecto á Lucrecia pensó en descasarla de Pesaro y casarla con algun príncipe que añadiese á sus gracias la mayor y mas codiciada, la de una régia corona. Era la noche del 14 de junio; y las estrellas brillaban tan serenas como dice Tácito que brillaron las estrellas del cielo de Bayas en la noche del asesinato de Agripina, indiferentes en su eterna luz y en su eterna serenidad á los crímenes y á los horrores de nuestra oscura tierra. Juan Borgia, César Borgia, el cardenal de Monreal, y otros muchos amigos de alegre vida y de ligeras costumbres, habíanse reunido á cenar en viña cercana á San Pedro In Vinculis, donde pasaba la mujer preferida de Alejandro VI,

la célebre Vanozza, los rigores del estío, cuando no podía dejar la malsana campiña de Roma. Cenaron, bebieron, cantaron, reinando durante toda la fiesta una loca y desatentada alegría, como que celebraban el ducado concedido al mayor de los Borgias en su reino de Valencia y la legacion concedida al menor en la ciudad de Nápoles. Y en esta palabra el menor encerrábase toda entera una horrible tragedia. En efecto, César Borgia, nacido con desapoderadas ambiciones é impaciente por lograrlas, cavilaba en su interior, que si el Papa tuviera un solo hijo, este unigénito granjeárase coronas é imperios á la sombra feliz de su tiara. Pero ¿qué podía esperar un segundon? Y si este segundon era, como el mismo César, de la Iglesia, un cardenal de Santa María Nova, un príncipe teocrático, podía esperar, á lo sumo, rentas, beneficios, dinero, que le procurasen algunos placeres para sí ó la satisfaccion de proteger y amparar á los artistas, teniendo por toda perspectiva una tiara incierta y recogida en los últimos achaques y en las últimas horas de trabajosa existencia; pero no la guerra en que se vence á los hombres y se conquista á las mujeres, pero no la corona que realza la frente y eleva un pedestal bajo las plantas, pero no los azares de la política, los goces del mando, las tortuosidades de la diplomacia, las satisfacciones de una ambicion sin límites que solo puede saciarse viendo los pueblos hundidos en el polvo y en la adoracion de un guerrero, de un conquistador ó de un monarca. César Borgia, que consideraba la satisfaccion de todas estas ambiciones como el supremo bien de la vida, habia meditado dos cosas: primera, desasirse de su capelo que le molestaba para la vida civil, y segunda, deshacerse de su hermano que como primogénito se interponia en el camino de sus esperanzas. Los escritores del tiempo aquel, dados á ennegrecer la memoria de los Borgias con sombras espesísimas, atribuyen la enemiga de los dos hermanos á causas todavía mas repugnantes; á mutuos celos de Lucrecia, de su propia hermana, de la cual decíase que estaban ambos á dos enamorados y con la cual decíase que ambos á dos habian yacido.

Pero no se necesita recurrir á estos monstruosos expedientes, ni creer en estas cáncerosas corrupciones, para explicar hechos fácilmente explicables por un afecto que se ciega y se desvanece tan pronto, como la desapoderada ambicion, el más inmoderado, el mas vehemente y el mas firme de los humanos

deseos, dispuesta siempre al crimen, cuando no la modera un severo natural y no la ilumina una clara conciencia.

Volvamos á nuestra narracion. Concluida la cena, levantáronse los dos hermanos y descendieron á coger sus respectivas mulas, cabalgadura que se usaba entonces para hacer las visitas dentro del radio de Roma. Anduvieron juntos cierto espacio, y llegados al sitio donde se alzaba el palacio del cardenal Ascanio, hoy palacio Cesarini, despidiéronse Juan y César con amable despedida. Quien los hubiera visto superficialmente, admirara el mutuo cariño de los dos hermanos, pero quien los hubiera conocido á ambos, sacara de aquellos extremos bien opuesta consecuencia. Cosa extraña para nosotros y para nuestro tiempo de verdadera prosa. Acompañaban al duque de Gandía un palafrenero y un misterioso enmascarado, que de algun tiempo á aquella parte solia visitarlo á la continua y nocturnamente en el Vaticano. Al llegar á la llamada plaza de los Judíos, díjole á aquel que lo esperase, y que si en una hora no parecia se volviese á casa. En efecto, quísose ir el palafrenero, pero una mano misteriosa le atajó el paso, le apuñaló el vientre, y le tendió medio muerto en tierra. A la mañana siguiente preguntó por su hijo el Papá, y como le dijeran que no habia parecido, entregóse á toda suerte de cavilaciones, generadoras de toda suerte de angustias. Pero temeroso del escándalo, mandó que se recatara la increíble ausencia y se callasen á todo el mundo sus dolores y sus zozobras. Encerróse en su cámara, y anduvo de un lado á otro todo el dia, doliéndose de que sus hijos hubiesen salido tan inclinados á las mujeres, y que esta inclinacion les trajesen aventuras como la nocturna de Gandía, en la cual presagiaba con acierto de padre una verdadera desgracia. En efecto, pasó todo el dia siguiente á la noche de la aventura, pasó la noche del dia siguiente, sin que el duque volviera á la casa de su padre. Nada se traslucia de su paradero, nada se averiguaba. Solamente unos carboneros esclavones, que habitaban á las orillas del Tíber, dieron algunos indicios, que iluminaran aquella catástrofe, diciendo como vieran á la una de la noche, salir del lado del Hospital esclavon, ascender á la orilla del Tíber, pararse cerca de la fuente por donde se echan al rio las inmundicias, dos hombres que se detuvieron un momento, y tras aquellos dos hombres misteriosos otros dos de la misma catadura que dieron tres palmadas, aun no confiadas

al aire, cuando apareció un caballero en gentil caballo blanco, llevando sobre el arzon inerte cadáver, cuyas manos pendían de un lado y cuyos pies de otro, prontamente recogido por las dos parejas allí apostadas, y echado al agua con gran fuerza y gran deseo de que desapareciese, pues, como flotara la capa del muerto, arrojáronle innumerables piedras para que se hundiese en las profundidades del siniestro cauce. Los que tal contaban, añadian una especie bien expresiva del carácter y naturaleza de aquellos tiempos; añadian cómo, en breves días, vieran arrojar mas de cien cadáveres por igual manera, sin que nadie fijase la atención ni les hiciese caso.

El Papa no descansó, hasta que no dió con el cadáver de Gandía. Su temperamento nervioso, su carácter exaltado, la vehemencia de sus deseos, la cavilosidad de su pensamiento, la inquietud de sus antojos, la costumbre de alcanzarlo todo le atormentaron con tormentos indecibles en esta hora de suprema angustia, en que desaparecía uno de los objetos, por los cuales había cohechado al Sacro Colegio y corrompido su santa magistratura de Pontífice, un hijo de sus entrañas. Centenares de pescadores fueron enviados al río, dando ocasión á epigramas callejeros, que regocijaron á Roma, y á epigramas literarios que divirtieron á la posteridad, sobre la diferencia entre el primer Pontífice pescador San Pedro y el último Pontífice pescador Alejandro VI y sobre la diversa especie y clase de su pesca. Dos días después de muerto, sobre las doce de la mañana, hallaron los pescadores el cuerpo del duque completamente vestido y calzado, con la ropilla, el gregüesco y la capa que llevaba en casa de su madre, intacta la bolsa donde había treinta ducados, atadas las manos á la espalda, con nueve heridas, en la cabeza, en las piernas y otras partes del cuerpo, y una mortal en la garganta; tranquilo y sereno de rostro, como si en vez de pasar de este mundo tan violentamente, hubiérase conciliado con la virtud y con la fe el eterno feliz sueño concedido por la divina misericordia á los justos.

Imposible decir los extremos de dolor á que el Papa se entregó con ocasión de esta dolorosa tragedia. Creyéronle por algunos momentos loco y próximo al suicidio. Al verle tan desesperado, las compañías españolas, que guardaban el Vaticano, salían con las espadas desnudas por calles y plazas, gimiendo con espantosos alaridos é imprecando á todos cuantos encontraban al

paso. Cinco días estuvo sin comer el Papa, en los cuales decía palabras descompuestas y aseguraba que solo él ¡ay! lo había asesinado. El 19 de junio, sesenta horas después de encontrado el cadáver y hecho el sepelio, reunió un consistorio Alejandro VI, en el cual se presentó demacrado, lloroso, tético, trémulo, balbuciente, cual si de su epicureismo natural se hubiera desplomado en la vida y en las costumbres de un asceta; y juró que nada le iba en el poder, en la gloria, en la influencia, y que solo deseaba consagrarse á la reforma de la Iglesia para conseguir de Dios la remisión de las propias culpas y la eterna salud del alma de su hijo. Si aquel dolor hubiera tenido tanto de duradero como tuvo de intenso, viérase bien á las claras la naturaleza redentora del dolor. En el mismo día del consistorio notificó á las potencias su desgracia, y los medios excogitados para consolarla y obtener de la misericordia divina el necesario perdón. Pero al mismo tiempo buscaba los asesinos de su hijo con todo el furor y toda la rabia de una verdadera venganza. Visitáronse todas las casas relacionadas con el muerto, pusieronse á cuestión de tormento varias dignas personas, faltóse al pudor de una doncella tan solo porque vivía cerca del sitio donde el duque había sido arrojado al río. Unos decían que el asesino era el cardenal Ascanio, porque le había el muerto asesinado un camarero favorito suyo; otros que el asesino era Pesaro, esposo de Lucrecia, por haberse cerciorado de que el duque tenía relaciones incestuosas con su propia hermana Lucrecia Borgia. Lo cierto es que, un día, todas estas investigaciones se suspendieron y todos estos procesos cesaron. ¿Por qué? Porque Alejandro VI había encontrado el verdadero asesino de su hijo, y al encontrarlo, encontró también el castigo tremendo de sus propios crímenes.

La pérdida del duque de Gandía no sirvió mas que para aumentar el amor á sus otros cachorros en el ánimo exaltado de Alejandro VI. Lucrecia, sobre todo, le desvelaba, por no tener una posición á la altura de su nombre y del nombre de su padre. Con la vehemencia propia de sus deseos y la celeridad propia de su vehemencia separó á su hija del señor de Pesaro y la casó con don Alfonso de Visella, bastardo de Alfonso II. Las bodas de Lucrecia con su tercer marido celebráronse en el Vaticano; y excedieron en magnificencia á las bodas con el segundo, representándose comedias, églogas, dramas y otras fiestas, en las cuales vióse aparecer á César, su hermano, disfrazado de